LA FIESTA DE SAN ANTON

Sainete lírico de costumbres madrileñas en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro

TOMAS L. TORREGROSA

Estrenado en el teatro de Apolo, de Madrid, la noche del 25 de noviembre de 1898

A mis queridos amigos y paisanos

RICARDO SANTOMÁ
y
ANTONIO SOTILLO

en testimonio de afecto sentidísimo,

CARLOS ARNICHES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
REGINA	Srta. Bru.
FELIPA	Sra. Perales (C.)
La SEÑÁ JENARA	— Vidal.
La SEÑÁ LEONCIA	— Rodríguez.
La SEÑÁ PEPA	— Palmer.
BALTASARA	— Torres.
AMIGA 1.ª	
IDEM 2.ª	— Zavala.
NICASIA	— Perales (L.)
VECINA 1.ª	— Pascual.
IDEM 2.ª	— Palmer.
Una RABANERA	Srta. Carceller.
ROSARIO	Niña Gonsálvez.
ANTONIO	Sr. Mesejo (E.)
SEÑOR EUSEBIO	— Carreras.
SEÑOR RAMÓN EL POSTURAS.	— Mesejo (J.)
El TULIPA	— Sanjuán.
El MANGAS	— Ontiveros.
Un PAJARERO	
COSME	— Ramiro.
El PINTAO	— Stern.
PACO	— Sánchez.
FRUTOS	— Delgado.
Un GUARDIA MUNICIPAL	— Ramos.
Un BOTICARIO	— Ruesga.
Un CANTAOR	— Máiquez.
Un PELLEJERO	— González.
Un CAFETERO	— Pulpeiro.
Un AFILADOR	— Picó.
Un CHICO DE LA TABERNA	— N. N.
Un FAROLERO	— N. N.

Guardias de Orden Público, Transeúntes, Invitados, Vecinos, Vendedores, Jinetes, Golfos, etc., etc. Coro general.

La acción, en Madrid. Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Calle que desemboca en una plazuela; al frente, a la izquierda, y formando ángulo con las casas laterales del mismo lado, una casa en cuya planta baja hay una taberna con puerta practicable, a cuyos lados habrá algunos banquillos. En el primer término izquierda, casa con puerta practicable, y al lado una frutería en la que se verán cestos y cajones de fruta y verduras. A la derecha en primer término, casa cuya planta baja figura una tienda de guarnicionería; dicha puerta tendrá en el centro una puerta vidriera de dos hojas practicables; a los lados, escaparates con arreos, arneses, etc., etc. Sobre la puerta, un rótulo que dice: ANTONIO OLMEDO. GUARNICIONERO. Uno de los balcones de esta casa, el último de la fachada, que da a la calle, practicable. Al foro, ángulo de una plaza con árboles y jardín, rodeada por una verja de hierro. Calle al foro. En la parte de la verja que da frente al público, figurará estar situado un punto de coches, de los cuales, la parte trasera del último simón debe ser vista del público.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece ANTONIO, a caballo, a la puerta de la taberna. Le rodean el SEÑOR RAMÓN, PACO el tabernero, el PINTAO, COSME, FRUTOS y un GUARDIA MUNICIPAL. El CHICO DE LA TABERNA está en el grupo con una bandeja en la mano, en la que todos van dejando los vasos después de beber. El SEÑOR EULOGIO lee un periódico, sentado en uno de los banquillos de la puerta de la taberna. Se hallará colocado algo distante del grupo. NI-

CASIA la frutera, con un soplillo, avienta un brasero a la puerta de la frutería. BALTASARA sale a su debido tiempo y habla con la frutera. Tres o cuatro GOLFOS juegan a las chapas en el foro, al lado del jardín, y al otro lado, junto al punto de coches, un GRUPO de gente rodea al HOMBRE DE LOS PÁJAROS SABIOS. Varios transeúntes atraviesan en distintas direcciones la plazuela.

Música.

SEÑOR RAMÓN.

Paco, dile al chico
que saque otra media.

ANTONIO.

Media no es bastante;
tráete otra docena.
(Se va el Chico a la taberna.)
Miserias no quiero
en donde yo esté;
beban a su gusto
que yo pagaré.

PAJARERO.—*(A los curiosos.)*

Animo, señores,
que estos pajaritos
sacan papelitos
pa pronosticar,
el día y la hora
en que cá señora
se tié que casar...
bien con un rubio,
bien con un moreno,
u con un castaño,
u con un trigueño,
u con un canoso,
u con un albino,
y si ha de ser limpio
u ha de ser... ¡Perico!
(Al pájaro.)
Sácate un papel
¡a ver a esta rubia
quién la va a querer!

NICASIA.

¿Pero usté no sabe,
señá Baltasara,
que toda la fruta
se ha puesto muy cara?...

BALTASARA.

Pues, hija, si sigue
esta proporción,
va a costar un coche
menos que un melón.

(El Chico de la taberna ha salido un poco antes con una bandeja con copas y ha repartido entre los del grupo.)

ANTONIO.

¿Qué tal es el vino?

LOS DEL GRUPO.

¡Vaya un Valdepeñas!

ANTONIO.

Pues anda, muchacho,
tráete otra docena.

BALTASARA.

El chico es rumboso,
por lo que se ve.

NICASIA.

Siempre fué lo mismo,
ya lo sabe usté.

PELLEJERO.

¡La pelleja para la cama,
para la cuna!

SEÑOR RAMÓN.

Señora Nicasia,
¿la compro a usted una,
bien para la cama,
bien para la cuna?...

NICASIA.

¡Jesús, hijo mío,
qué barbaridad!
¿Me está usté tomando
por menor edad?

(Sale un Afilador y atraviesa la escena tocando la flauta.)
¿Quiere usted que llame
al afilador
y que le convide?

SEÑOR RAMÓN.
Gracias po el favor.

ANTONIO.
Llámelo usté pronto,
porque ya se va.

PACO.—*(Al Señor Ramón.)*
Vuelva ustez por otra.

TODOS.
¡Ja, ja, ja, ja, ja!...
(Siguen riéndose.)

ESCENA II

SEÑOR EUSEBIO EL PINTAO, ANTONIO, PACO, SEÑOR RAMÓN, COSME, FRUTOS, un GUARDIA MUNICIPAL, una RABANERA, VECINA 1.ª y VECINA 2.ª Después de la música, pausa larga. Los del grupo de la puerta de la taberna siguen hablando en voz baja.

Hablado.

SEÑOR EUSEBIO.—*(Saca la cabeza por encima del periódico que lee, riendo exageradamente.)* ¡Ja, ja! Pero cudiao que este Silvela es embustero... ¡Pus no ofrece náa! Mejorar amenistración y presupuesto y hacienda y tesoro...

RABANERA.—*(Sale con una cesta al brazo y con un manojo de rábanos en la mano y atraviesa por el foro de derecha a izquierda.)* ¡Y... rábanos!... *(Vase.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Mirando sonriente a la Rabanera.)* ¡Y... rábanos!... ¡Eso digo yo! *(Sigue leyendo.)*

ANTONIO.—Vaya, vamos con otra, señor Cosme,

COSME.—¡Gracias, Antonio! *(Se bebe la copa.)*

ANTONIO.—Y usté, señó Usebio, ¿no quié un chupito, u qué va a ser esto?

SEÑOR EUSEBIO.—*(Levantándose y deja de leer aproximándose al grupo, sin doblar en toda la escena el periódico, que conserva en la mano.)* ¡Hombre, por no despreciarte!... *(Coge la copa.)*

SEÑOR RAMÓN.—Tié miedo no sea que su mujer le zumbe si le huele la bebida.

SEÑOR EUSEBIO.—Es inodora. *(Bebe. Se ríen todos. Eusebio deja la copa y se limpia los labios con el dorso de la mano.)*

ANTONIO.—Conque, vamos, Pintao, la verdad: ¿qué te paece la jaca?...

PINTAO.—*(Mirándola con atención.)* Pus, chico, mu recortá y mu guapa, y poniéndola en respeto es un bicho que no desmerece.

GUARDIA.—Es un animalito.

SEÑOR RAMÓN.—Y baratísima...

ANTONIO.—Seis mil reales... *(Eusebio la examina con atención.)*

COSME.—Regalá.

PINTAO.—¿Se la ha comprao usté?

SEÑOR RAMÓN.—Yo. Y caballo que compre el señor Ramón el Posturas, es decir, menda, dí tú, ¡canela fina! ¡No es cara!

SEÑOR EUSEBIO.—¡Vamos, hombre, no digas que no es cara! ¡Ese animal no vale más arriba de dos mil quinientos reales! ¡Eso es una cabra loca, y el día que te descuides te pone las narices a la altura del barro... ¡Conozco esa jaca!

SEÑOR RAMÓN.—¿Sí?... *(Con guasa.)*

SEÑOR EUSEBIO.—Sí, señor.

SEÑOR RAMÓN.—Pus... ¿quié usté una perra y se va usté a rodar a los barquillos?

SEÑOR EUSEBIO.—¡Me hacen lombrices!

SEÑOR RAMÓN.—Entonces, ¿pa qué se mete usté en los charcos, señor? Con ser cochero no sabe usté de caballos de silla ni tanto así. *(Señala la punta del dedo.)*

SEÑOR EUSEBIO.—¿Que no? Puede que haiga yo estao montao más veces que usté.

SEÑOR RAMÓN.—¡Al aire!

SEÑOR EUSEBIO.—Y engarzao, miá tú éste ahora.

ANTONIO.—Vaya, ¿quién ustés callar ya?... Señor, ca uno tié su criterio y se ha acabao. *(Aprobación en todos.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Aparte.)* ¡Aduladores! *(Se sienta y sigue leyendo.)*

PACO.—¿Y qué, hoy es el primer día que la montas?

ANTONIO.—¡Hoy! Como mañana es mi santo, es un regalo que me he hecho.

FRUTOS.—Pus esto hay que seguirlo remojando.

ANTONIO.—¿Y quién ha dicho que no?... Paco, que beban lo que gusten.

SEÑOR RAMÓN.—¿Qué, te aguardo aquí en tu casa?...

ANTONIO.—U venga usté pá allá... ¡Ah!... Limpiarse los morros y fumarse eso. *(Les da un cigarro a cada uno. Todos le dan las gracias.)* Ahí va un cigarro, señó Usebio.

SEÑOR EUSEBIO.—Estimando. *(Se lo guarda y sigue leyendo.)*

ANTONIO.—Hasta ahora, señores.

TODOS.—Adiós. *(Al dar Antonio la vuelta para irse por el foro, atraviesa la escena la Vecina 1.ª)*

ANTONIO.—*(A la Vecina.)* ¡Olé por las personas de movimiento!

VECINA 1.ª—¡Miá si me atropellas!

ANTONIO.—¿Y dónde va ese cuerpo serrano?

VECINA 1.ª—Donde lo quieran.

VECINA 2.ª—*(Que ha salido al balcón de la casa de la derecha a sacudir un vestido.)* No se meta usté con ella, Antonio, que está vegilá.

VECINA 1.ª—¿Pus y tú, guasona? *(Vase primera izquierda.)*

ANTONIO.—*(A la Vecina 2.ª)* Oye, gitana, ¿me tiras un clavel?

VECINA 2.ª—*(Arrancándolo.)* Y el tiesto. *(Tira el clavel.)*

SEÑOR RAMÓN.—Vamos, hombre, que no vas a llegar.

ANTONIO.—*(Mirando a la Vecina.)* ¡Maldita sean los ojos negros! *(Vase foro derecha.)*

VECINA 2.ª—¡Zaragata!

GRUPO.—¡Olé!

PACO.—¡Este Antonio tié pa todas!...

SEÑOR RAMÓN.—Es la primera persona... *(Vase en la misma dirección que Antonio. Los demás, menos el Guardia, que se va por el foro izquierda, entran en la taberna.)*

ESCENA III

SEÑOR EUSEBIO y el PINTAO.

PINTAO.—*(Encendiendo el puro que le dió Antonio y dirigiéndose al señor Eusebio.)* ¿Pero ha visto usté qué Antonio? Eso es un gachó de guita y de rumbo y de corazón...

SEÑOR EUSEBIO.—*(Levantándose y yendo hacia él furioso con el periódico en la mano.)* ¿De qué has dicho?

PINTAO.—¡De corazón!

SEÑOR EUSEBIO.—¡Mentira! Y si me valiera te daba en metá·e las narices con la sección de cultos. *(Amenazándole.)*

PINTAO.—Pero, señor, usté la ha tomao con él, y se pone usté que...

SEÑOR EUSEBIO.—Me pongo porque veo que sois una recua de lamedores indecentes, que por una copa e vino...

PINTAO.—¿Pero me va usté a negar que Antonio es un tío que?...

SEÑOR EUSEBIO.—¡Vaya! ¿Tú quiés saber lo que es ese guapo? *(Doblando el periódico con rabia y guardándoselo.)* ¡Pus ése... es menos que una telaraña! Y sabe de mundología lo que yo de hacer encaje de bolillos.

PINTAO.—Y en lo que toca que se lleva de calle a las mujeres, ¿me lo va usté a negar?...

SEÑOR EUSEBIO.—No te lo niego, pero se las lleva como me las llevaría yo.

PINTAO.—¿Usté?...

SEÑOR EUSEBIO.—¡Servidor! ¿Tú ves que friso en los cincuenta y ocho?... Pus si me das las alhajas que él lleva, y me compras un terno y me sacas la raya al lao que quieras y me coges y me colocas debajo de la farola de la Puerta del Sol, don Juan Tenorio comparao conmigo es una cafetera rusa, créemelo.

PINTAO.—¿No pué ser menos?...

SEÑOR EUSEBIO.—¡No te rebajo ni tanto así! *(Señala la punta del dedo.)* Y respetive a corazón, a que Antonio tié corazón, eso, eso, Pintao, no me lo digas a mí *(Exaltado y cogiéndole de la mano.)*, porque un hombre que hace lo que ha hecho él con la pobre Regina, ¿sabes tú lo que tié aquí drento *(Golpeándose el pecho)*, en lugar de corazón?... ¡Un sacacorchos!

PINTAO.—Pero total, ¿qué ha hecho él con la Regina?... ¡Lo natural!

SEÑOR EUSEBIO.—¿Lo natural, so lechón?... ¿De modo que a ti te parece natural encontrarse a una mujer honrá, huérfana en el mundo de la señá Concha la Churrera, única tía que la quedaba, ver a esa pobre chica trabajando día y noche pa atender a su susistencia y a la de un hermano pequeño, empezar a llenarla los sesos de humo, hacerla creer que te vas a poner hábito si no te da el sí, y el día que te lo otorga y que te la ves delante mirándote, anhelando, talmente con el pico abierto como pájaro sin agua, ansiosa de tu cariño, cogerla entonces y tirarla en metá el arroyo, como el que se come una chuleta y tira la piltrafa?... Eso, Pintao, no creo yo que sea tener corazón, como no bajen los ángeles del cielo y me lo digan... Y si me lo dicen, me hago moro, ¡vaya! *(Se emboza en la bufanda y se mete las manos en los bolsillos con rabia.)*

PINTAO.—*(Con calma y conmovido.)* Señó Usebio, en los arranques se ve que es usté de Bru-

nete... Pero no creo yo que Antonio la haiga dejao tan desampará como too eso...

SEÑOR EUSEBIO.—Y más que eso. La Regina vive en mi casa, paré de por medio, y si no fuá por mi señora, que, aunque bestia, y esto está feo que yo lo diga, tié mejor fondo que una paloma mensajera, la Regina y su hermanito la metá e los días pondrían el puchero... boca abajo.

PINTAO.—¿Ve usté?... Eso sí es verdad, ya es una acción bastante fea.

SEÑOR EUSEBIO.—¡Feísma! ¿Y por qué ha dejao a esa pobre chica?... Pus porque entre el tío maula ese que se ha ido con él y la señá Leoncia, que es su sufragania, han cogido a la Felipa, que es una tarambana, y se la han refregao a Antonio por las narices, y él, que es un fresco, se ha encalabrinao y ha dejao a la otra por puertas.

PINTAO.—Y me han dicho que hasta les ha abierto una taberna en la cae Hortaleza.

SEÑOR EUSEBIO.—¡Toma, y de primera! Ahora que te voy a decir una cosa.

PINTAO.—¿Cuála?

SEÑOR EUSEBIO.—A la Regina la conozco dende así. *(Señalando a poca altura del suelo.)* Buena, es un ángel; pero es de esas que se paecen al pan duro, que lo mismo te sirve pa sopas que pa escalabrarte... Y mía el día que te lo digo. ¡Eso de Antonio y la Regina acaba en trigedia!

PINTAO.—¡Puede!

SEÑOR EUSEBIO.—¡Chis!... ¡Calla que vienen!...

ESCENA IV

ANTONIO y SEÑOR RAMÓN, por el foro derecha; salen hablando. El SEÑOR EUSEBIO y el PINTAO se retiran junto a los coches.

SEÑOR RAMÓN.—¡Pero oye, oye tú, so alicáncano! ¿Es que la vas a tener miedo a esa golfa indecente u qué?...

ANTONIO.—¡Señó Ramón, no diga usté tonterías!...

SEÑOR RAMÓN.—Hombre, como te repuchas de que llevemos a en ca Botín a la Felipa y a la Leoncia, después que habíamos quedao en ello con ojezto de solenizar la víspera de tu santo, me choca que ahora...

ANTONIO.—Pus sí señor, quiero que la juerga sea en mi casa, porque en ca Botín es un establecimiento público y no me da la gana de que me se introduzca allí la Regina y me dé una murga.

SEÑOR RAMÓN.—Pero, señor, ¿por qué?... ¿Tié algún derecho sobre ti?

ANTONIO.—Si no es eso... ¡Vaya, sépalo usté de una vez, señó Ramón! Es que le he tomao miedo a esa mujer porque no me la puedo quitar de encima.

SEÑOR RAMÓN.—¿Tú quiés que te deje?... Pus llámala y dala una cantidad, señor...

ANTONIO.—¡No la toma! Ayer me la encontré y empezó con súplicas y lágrimas como siempre, y la di cinco duros pa que pagase la casa, que sé que no la ha pagao, y misté *(Enseñándole la frente.)* aquí me dió con un duro.

SEÑOR RAMÓN.—¿Te los tiró a la cara?

ANTONIO.—¡Los cinco!

SEÑOR RAMÓN.—¿Pa qué se los diste en plata, so primo? Pa genios así es pa lo que se ha hecho el papel moneda. Y ¡vaya!, de esa pelma te libro yo, porque en cuanto la vea por aquí la agarro de un brazo y la doy así... *(Amenazando.)*

ANTONIO.—*(Con viveza.)* ¡No, chis..., quieto!... En cuanto usté la vea la deja. El cariño que ella me tiene se lo he dao yo con mimos y con halagos, y no se lo voy a quitar a patadas. No la quiero y la dejo... y basta. ¡Ya veré yo la manera de deshacerme de ella!

SEÑOR RAMÓN.—Chico, yo por servirte, porque...

ANTONIO.—¡Gracias! Conque dejemos esto, y arree usté a traer a la Felipa y a la señá Leoncia, que voy a invitar a Paco y a algunos amigos.

SEÑOR RAMÓN.—¡Pus voy allá!
ANTONIO.—Arree usté que se hace tarde.
SEÑOR RAMÓN.—Soy un volátil. *(Vase por el foro izquierda.)*

ESCENA V

ANTONIO, solo.

ANTONIO.—*(Pensativo. Pausa.)* ¡Vaya, que no, que no se me va a mí la Regina de la imaginación por más que peleo!... ¡Que la dejé, encaprichao con la Felipa, y quió olvidarla y no puedo, y ya no sé si lo que la tengo es rabia u cariño!... ¡Lo que sé es que ojalá no la hubiera conocido!... ¡Maldita siá! *(Vase a la taberna.)*

ESCENA VI

SEÑOR EUSEBIO y el PINTAO, que salen hablando de donde están los coches; luego, la SEÑÁ JENARA.

SEÑOR EUSEBIO.—Por eso te digo que el mundo es pa los que llevan la caeza a la altura del rabo.
PINTAO.—Es la verdá; pero diga usté que hubiese...
SEÑOR EUSEBIO.—Chis... Múdate de conversación que viene mi señora con la comida.
PINTAO.—Déme usté un papel de fumar.
SEÑOR EUSEBIO.—*(Dándoselo.)* Toma. *(El Pintao lo moja con saliva y lo envuelve al puro que está fumando.)*
SEÑÁ JENARA.—*(Sale por el foro izquierda con una cesta al brazo.)* ¡Buenas tardes! *(Muy secamente.)*
PINTAO.—¡Hola, señá Jenara!
SEÑOR EUSEBIO.—¡Adiós, restaurante! ¿Qué traes de güeno?...

SEÑÁ JENARA.—¿Qué voy a traer si ya no sabe una lo que hacerte?... ¿Comes aquí u junto al coche?...

SEÑOR EUSEBIO.—Aquí mismo. *(Aparte.)* Esta viene de mal arate hoy. *(Se monta a caballo sobre el banquillo en que está sentado, que es el que habrá a la puerta de la taberna. Jenara va sacando la comida de la cesta después de haber extendido sobre el banco una servilleta.)* ¿Gustas tú?... *(Al Pintao.)*

PINTAO—¡Buen provechito!

SEÑOR EUSEBIO.—*(A la Señá Jenara.)* Oye tú, qué es esto?... *(Mirando el contenido de una cazuela.)*

SEÑÁ JENARA.—*(Secamente.)* ¡Patatas guisás!

SEÑOR EUSEBIO.—¿Solas?...

SEÑÁ JENARA.—Acompañás unas de otras, ¡mía tú el potentao este!... *(Saca otra cazuela. Eusebio empieza a comer.)*

SEÑOR EUSEBIO.—¿Y eso tan negro que da miedo?

SEÑÁ JENARA.—¡Calamares en tinta!

SEÑOR EUSEBIO.—*(Dando con el panecillo sobre el banco y levantándose.)* ¡Rediez! ¿Pero no te he dicho cincuenta mil veces que no me da la gana de comer cosas de luto?

SEÑÁ JENARA.—Pero, ¿qué estás ladrando ahí? Si hace lo menos un mes que no te los he hecho...

SEÑOR EUSEBIO.—Aunque haga dos. Te he dicho que no quió tinta; y si es que te has propuesto emborronarme las digestiones, lo dices claramente.

SEÑÁ JENARA.—Come, come y calla, ¡so condenao!... *(Al Pintao.)* Te advierto que tenías que ver cómo yo los guiso...

SEÑOR EUSEBIO.—¡Mu bien!... No es porque esté ella delante, ¿sabes?... En fin, el día que me hace ésta calamares en tinta tengo que comer de postre papel secante, no te digo más.

PINTAO.—No, pus sí que tien buenas trazas, sí... ¡Calle!..., paece que se arrima al punto un señorito. *(Vase.)*

SEÑOR EUSEBIO.—¿Quiés una tajaíta?... ¡Junco de mi alma!...

SEÑÁ JENARA.—¡Come, come y calla, so burro!

SEÑOR EUSEBIO.—¿Burro? ¿Pero qué mosca te ha picao?

SEÑÁ JENARA.—¿Qué mosca quiés que me pique? Que hemos tenío un disgusto mortal, Usebio... Que ya se ha armao la gresca, ¡vaya!

SEÑOR EUSEBIO.—¿Cómo la gresca?... Pero ¿qué dices?

SEÑÁ JENARA.—La Regina y la Felipa que se han encontrao esta mañana y se han agarrao.

SEÑOR EUSEBIO.—¡Rediez!

SEÑÁ JENARA.—¡Lo que te cuento!

SEÑOR EUSEBIO.—Pus una noticia así es lo único que me faltaba pa encima e los calamares. ¿Y cómo ha sido? *(Se levanta y empieza a guardar en la cesta todo lo que habían puesto sobre el banco, bajando al lado de Jenara con un pedazo de pan, que sigue comiendo, en una mano, y una botellita de vino en la otra.)*

SEÑÁ JENARA.—Pus ha sido que íbamos la Regina y yo, y al doblar por la calle de la Farmacia, ¡tras! la Felipa y su madre... Excuso decirte que no han hecho más que verse y empezar con que si tú eres más... y yo soy menos...; que si tú le buscas..., que si yo le encuentro; total: que la Felipa ha acabao por decir con un retintín que me estaba a mí dando hipo: «Desengáñate, Regina: ese hombre es pa mí; y como sé que has dicho que no va a mi casa porque te tié miedo, mañana, que es día e San Antón, y que estará la calle así... *(Juntando los dedos.)* lo voy a convidar a unas copas y lo voy a tener hora y media a la puerta e mi taberna, pa que se entere y lo vea tóo el mundo...» «¡No irá», gritaba la Regina, saltándosele las lágrimas de rabia.» «¿Quién se lo va a impedir?», decía la otra, riéndose. «Yo», contestó la Regina. «Pus a ello, a ver si ties poderío pa eso», dijo la muy arrastrá.

SEÑOR EUSEBIO.—¿Y tú no mediabas?...

SEÑÁ JENARA.—Yo estaba aguantá tragando bilis; pero, chico, no he tenío más remedio que saltar, porque en esta va la señá Leoncia y dice:

«Sí, señora, y mañana sabréis pa quién es ese Antonio, tú y toas las zaparrastrosas que te defienden.» Mira, oír yo lo de zaparrastrosas y tirarme a ella como una fiera, tóo ha sido uno. Nos agarramos, se arremolinan los que pasaban, se llenan de gente los balcones, se paran los tranvías, empiezan a gritar tóos, vienen los guardias, me sujetan, yo muerdo a un conductor, tiro a un melitar, y cuando ya, hecha una fiera, la tenía debajo, me agarra la pareja, y la muy cochina así que me ve sujeta, mete la mano por entre los guindillas, se aferra de aquí y me da un tirón de los agüelos que me ha hecho ver las estrellas. Ahora, fegúrate tú el día que yo coja del moño a ese vejestorio dónde le va a parar el añadido.

SEÑOR EUSEBIO—Pus di que ha sío una hecatombe.

SEÑÁ JENARA.—Peor.

SEÑOR EUSEBIO.—Güeno, pero tú luego, al refrescarte, le habrás quitao a la Regina de la caeza que parezca mañana por allí.

SEÑÁ JENARA.—¿Yo?... ¡Quiá! Yo le he dicho que vaya, y si los ve juntos que le saque los ojos a él y a ella, que yo la ayudaré.

SEÑOR EUSEBIO.—Pero, ¿eres tú su madre?

SEÑÁ JENARA.—*(Muy exaltada.)* ¡Rediez! Pus si yo fuá su madre ya me había comido el mundo.

SEÑOR EUSEBIO.—Lo que eres tú es que eres una persona más buena que el ángel caído, sí, señora, vaya. Y aquí lo que hay que hacer pa evitar mañana que vaya Antonio a la calle de Hortaleza y lo vea Regina y haiga una desgracia, es...

SEÑÁ JENARA.—Lo que hay que hacer lo tengo yo pensao.

SEÑOR EUSEBIO.—¿Y qué es?

SEÑÁ JENARA.—Pus que cojas tú ahora mismo a Antonio y le hagas los cargos y le prohibas el que vaya.

SEÑOR EUSEBIO.—*(En el colmo del asombro.)* ¿Yo?... ¡Tú estás loca! Pus bonito genio tié el nene pa que se meta naidie en sus asuntos.

SEÑÁ JENARA.—¡Ah! ¿Conque no te atreves?... ¡Gallina, cobarde, boceras, inútil!

SEÑOR EUSEBIO.—Pero considera...

SEÑÁ JENARA.—No me haces falta. Yo se lo diré.

SEÑOR EUSEBIO.—Pero mira que...

SEÑÁ JENARA.—Como de la mano. Ahí viene. Verás cómo yo se lo digo.

SEÑOR EUSEBIO.—Jenara, miá que...

ESCENA VII

DICHOS y ANTONIO, saliendo de la taberna.

SEÑÁ JENARA.—¡Antonio!

ANTONIO.—Hola, señá Jenara, ¿qué quié usté?

SEÑÁ JENARA.—¿Quiés oírme cuatro palabras?

ANTONIO.—¡Y cuarenta mil! Usté dirá.

SEÑÁ JENARA.—Pus... *(Coge a Eusebio y lo pone violentamente en medio.)* Anda, ahí lo tienes; ya se lo pués decir.

SEÑOR EUSEBIO.—*(Asombrado.)* ¡Ah!, ¿sí?... ¡Bueno! Te advierto que era ella que...

ANTONIO.—Pero, señor, ¿de qué se trata, que andan ustés con tantos arrodeos?

SEÑÁ JENARA.—Anda, hombre.

SEÑOR EUSEBIO.—Güeno, pus allá va. *(Aparte.)* ¿Y cómo se lo digo yo a éste? *(Alto.)* Antonio... *(Se rasca.)* Yo soy un hombre... *(Aparte, a Jenara.)* ¿voy bien?

SEÑÁ JENARA.—*(Aparte.)* Sí. *(Con indiferencia.)*

SEÑOR EUSEBIO.—Yo soy un hombre que lleva cuarenta años de pescante, y que por lo tanto tomo chocolate y no mojo con el dedo.

ANTONIO.—¡Natural!

SEÑOR EUSEBIO.—Porque con cuarenta años de pescante, sabes más que si supiás jografía, jometría y Juanito *(Aparte, a Jenara.)* ¿Te gusta?

SEÑÁ JENARA.—*(Aparte.)* Sigue.

SEÑOR EUSEBIO.—Yo he sido joven, y respeto al

físico, no es porque esté yo delante, pero ha habido días de fiesta que salía yo de mi casa que parecía talmente un ojeto de arte.

SEÑÁ JENARA.—Es verdá.

SEÑOR EUSEBIO.—¡Gracias, chacha! Mujeres las he tenío así *(Juntando los dedos.)*, como tú las tienes. Entre tantas, una, una sola ma querío na más, la señora, que me filó una tarde que iba yo en mi coche llevando el alquila levantá, me tomó por horas y aun está corriendo el contador.

SEÑÁ JENARA.—¡Y lo que correrá!

SEÑOR EUSEBIO.—¿Por qué no te miras tú en este espejo?...

ANTONIO.—¿En cuálo?

SEÑOR EUSEBIO.—¿Por qué teniendo, como tiés, un corazón más grande que un repollo, y habiendo encontrao una mujer más bonita que el sol, que se muere por tus pedazos, la dejas abandoná y perdía? *(Pausa.)* Es que, dime, ¿pués tú consentir, por hacer caso a una golfa, que de seguro no se deja someter el pasao a los rayos equis, que se fallezga de pena en un rincón una mujer honrá?... ¿Podrás consentirlo? *(Callan. Se miran.)* ¿Podrás? ¡Contesta!

SEÑÁ JENARA.—*(Aparte.)* Anda, que es tuyo.

SEÑOR EUSEBIO.—*(Aparte.)* Lo he petrificao. *(Alto.)* Callas, ¿eh? ¿Y por qué callas?... Pus porque sientes una voz interior de drento que te está diciendo: «Antonio, no seas burro—y dispensa la expresión—, que el señó Usebio te está diciendo el Evangelio de la misa, y coge a esa mujer y hazla tu esposa o poco menos como hacen los hombres honraos, pa que nunca tengas aquí dentro un mal pingajo que te esté haciendo sombra en tus alegrías.» *(Pausa.)* ¿No es eso?... ¡Contesta!

ANTONIO.—*(Pausa.)* Señó Usebio, ¿a usté le han cortao el pelo con máquina alguna vez? *(Eusebio y Jenara se miran con asombro.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Con asombro creciente.)* ¿A un servidor?

ANTONIO.—¡Sí, señor!

SEÑOR EUSEBIO.—Antonio, francamente, no comprendo esa alusión así... peluquera.

ANTONIO.—Pus si no se lo han cortao a usté nunca, que se lo corten, y cuando tenga usté la cabeza algo descargá...

SEÑÁ JENARA.—Oye, tú.

ANTONIO.—Silencio. Se compra usté un genio más vivo, que en el Rastro los tié usté tiraos, y se está usté tres días reflexionando y comprenderá usté que darme consejos a mí es como ir a coger grillos con acordeón. *(Eusebio y Jenara se miran con espanto.)* Es todo lo que tengo el gusto de manifestarle a usté. *(Da media vuelta y muy despacio se mete en su casa.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Pausa larga, durante la cual se han mirado estupefactos.)* ¿Ha dicho grillos?

SEÑÁ JENARA.—*(Sale de su asombro golpeando furiosamente a Eusebio.)* ¡Tú! Tú tiés la culpa, bragazas.

SEÑOR EUSEBIO.—Rediez, está esto bueno. ¿Conque yo?...

SEÑÁ JENARA.—¡Tú! ¡Si me hubieras dejao hablar a mí!

SEÑOR EUSEBIO.—¿A ti? *(Asombrado.)* ¡Recontra!... Pero si has sío tú la que... ¡Ahora, que yo te juro que esta guarrá me la paga!

SEÑÁ JENARA.—¡Y a mí! *(Jurando.)* ¡Miálas, si no!... *(Fijándose en la calle que representa el segundo término.)* ¡Calla! Por allí vienen con el señor Ramón, la Leoncia y la Felipa. Verás el añadido. *(El Señor Eusebio la sujeta con un brazo, pues el otro le lleva ocupado con la cesta de la comida.)*

SEÑOR EUSEBIO.—¡Por Dios, Jenara! ¡No! ¡Ahora, no! ¡Ten reflexión! ¡Vámonos!

SEÑÁ JENARA.—¡Quita! ¡La hago cisco!... ¡El añadido! ¡Deja! *(Forcejean.)*

SEÑOR EUSEBIO.—¡No! ¡Luego! ¡Calma! ¡Arrea! *(Se la lleva a empujones último término derecha.)*

ESCENA VIII

FELIPA, SEÑÁ LEONCIA y SEÑOR RAMÓN, por el segundo término izquierda.

SEÑÁ LEONCIA.—Pus na, que lo que es la señá Jenara no se riza los agüelos en too el resto de su vida.

SEÑOR RAMÓN.—¡Anda, Dios! *(A Felipa.)* Y a tóo esto, ¿tú qué hacías?

FELIPA.—Pus decirle cuatro verdades a la Regina y quedarme como en la gloria. Y les voy a ustés a ser franca. Antonio es un hombre que no me da frío ni calor, pero esto ya es cuestión de puntillo, y o va mañana de caeza a la puerta e casa a beberse las copas a que le he conviado o dejaría yo de ser quien soy.

SEÑÁ LEONCIA.—Así. Eres hija de tu madre.

SEÑOR RAMÓN.—Oye: ¿pero dices que no te da frío ni calor? ¿Es decir, que no le quieres?

FELIPA.—Hombre, quererle... ¡pchs! algo le quiero... lo que hay es que yo no me quió colar.

SEÑOR RAMÓN.—¿Y quién te dice que te coles? Aquí lo que te se aconseja es que no vuelvas a acordarte más del golfo aquel del Tulipa, que no tenía más que hambre y que no desperdicies ahora la proporción de un tío con guita como Antonio; porque si tú quieres, él hocica y se casa, y si se casara contigo créeme que eso sería nuestra redención a metálico.

SEÑÁ LEONCIA.—¡Eso, sí!

SEÑOR RAMÓN.—Natural.

FELIPA.—Bueno; aquí lo de ahora es llevarlo mañana a casa pa darle a ese pingo en la cabeza. Después ya veremos.

SEÑÁ LEONCIA.—¡Eso, eso!

SEÑOR RAMÓN.—¿Y cómo lo vas a convencer?

FELIPA.—¡Lo tengo estudiao!

SEÑOR RAMÓN.— Pero ¿cómo?

SEÑÁ LEONCIA.—¡Callarse, que sale!

FELIPA.—¿Sale? ¡Pues ahora verán ustés!

ESCENA IX

DICHOS y ANTONIO, que sale de su casa.

ANTONIO.—¡Hola! ¿Ustés aquí ya? Pero ¿qué hacen ustés que no entran?... *(Al salir Antonio quedan los personajes colocados de la manera siguiente: Antonio, Ramón, Leoncia y Felipa.)*

SEÑOR RAMÓN.—¡Anda, vamos! *(A Felipa.)*

FELIPA.—Entren ustés si quieren; yo ya he dicho que no pongo los pies en esa casa. *(Fingiendo despecho.)*

ANTONIO.—Oye, oye tú, ¿pero qué te sucede pa no querer entrar en mi casa?... ¿Te he dao yo algún motivo?

FELIPA.—Varios.

ANTONIO.—¡Pus pa luego es tarde! ¡Dilos ya!

FELIPA.—Es cosa de los dos.

ANTONIO.—Pus tengan ustés la bondad de aliviar... *(Aparte.)* A ver si la convenzo.

SEÑÁ LEONCIA.—*(A Felipa.)* No sé cómo tiés quien te mire a la cara.

SEÑOR RAMÓN.—¡Leoncia, ahueca! *(Entran Leoncia y Ramón en la guarnicionería.)*

ESCENA X

ANTONIO y FELIPA; luego, el SEÑOR RAMÓN.

ANTONIO.—*(Aparte.)* ¡Vamos a ver qué tié la niña! *(Acercándose a ella y con mimo.)* ¡Felipa! *(La toca en el hombro.)*

FELIPA.—*(Apartándose.)* ¡Aaah! *(Con soberano desprecio.)*

Música.

ANTONIO.

¿Qué es lo que te pasa?
que ya no me miras
lo mismo que ayer?

FELIPA.

Que no está el asunto
pa bromas ahora,
¿qué le hemos de hacer?

ANTONIO.

¿Por qué dices eso?
¿Qué causa te di?

FELIPA.

Que ya no me quieres
tampoco tú a mí.

ANTONIO.

¿Que no te quiero?... ¡Vamos, chiquilla,
tú tienes ganas de bromear!
Te quiero tanto que de rodillas,
si me lo mandas, te he de adorar.
Cuando te alegras se me remozan
todas las ansias de la pasión;
cuando te enfadas se me destrozan
las entretelas del corazón.

FELIPA.

Pues si me quieres de esa manera,
pues si me pones en un altar,
pruébalo haciendo lo que yo quiera,
pues nada malo te he de mandar.
Si tus fatigas no se conocen,
si no aprovechas una ocasión,
tú mismo quieres que se destrocen
las entretelas del corazón.

ANTONIO.

Pide por esa boca,
di lo que quieres,
que estoy dispuesto a todo,
¡pa que te enteres!

¡Porque me siento ahora,
viéndote así,
capaz de hacer milagros
solo por ti!

FELIPA.

No pido tanto.
¡qué atrocidá!

ANTONIO.

¿Qué pruebas quieres?
¡Dímelo ya!

FELIPA.

Que mañana por la tarde,
cuando esté la tienda abierta,
me visites a caballo
pa que vean que me ves
y pa ver yo como pasas
por delante de la puerta
con la manta jerezana
y el sombrero cordobés.
Y entre el barullo
de los que corren
por la cebada
de San Antón
se enteren todos
de que yo sola
soy la que tiene
tu corazón.

ANTONIO.

Pero, chiquilla,
si no es preciso.
¿Pa qué me buscas
un compromiso?
Si es por dar celos
a otra mujer,
de sobra sabes
que no pué ser.

FELIPA.

¡Qué me se importan
otras mujeres!
Eso es disculpa,
ya no me quieres.

ANTONIO.
¿Que no te quiero?... ¡Vamos, chiquilla,
etc., etc.

FELIPA.
Pues si me quieres de esa manera,
etc., etc.

ANTONIO Y FELIPA.—*(Al mismo tiempo.)*
Cuando te alegras se me remozan, etc.
Si tus fatigas no se conocen, etc.

Hablado.

ANTONIO.—*(Queriendo cogerle una mano.)* ¡Pero, ven acá, mala sangre!

FELIPA.—*(Rechazándole.)* ¡No quiero! ¡Déjame!

ANTONIO.—¡Vamos, mujer, no te pongas pelma! Pídeme que vaya al infierno, y voy; pero no me pidas que vaya mañana en la tarde a la calle Hortaleza, porque eso no lo hago.

FELIPA.—¿Que no? Pus hemos acabao.

ANTONIO.—¡Pero, ven a razones, so tarambana! Mira, por éstas *(Cruzando las manos.)* que la Regina no me importa na, pero na. Ya lo sabes tú. Y si lo piensas, no es posible que quieras que yo vaya mañana, sólo pa darte el gustazo de martirizar a una mujer... porque tiés buen corazón.

FELIPA.—No, pa eso ni lo tengo bueno yo ni lo tié denguna. *(Apasionada y cogiéndole la mano.)* Cuando se quiere como yo te quería... *(Más acentuado.)*, como yo te quiero a ti...

ANTONIO.—*(Con vehemencia.)* ¿Mucho?

FELIPA.—¡Con toa el alma! Cuando se quiere así, no se piensa en bondades ni en pamplinas. Na más pensaría si no fueses...

ANTONIO.—¿Qué?

FELIPA.—Que es otra mujer la que me quita la alegría de verte, el orgullo de que sepa tóo el mundo que me quieres a mí, a mí sola...

ANTONIO.—*(Apasionado.)* ¡Felipa!

FELIPA.—¿Que ella sufre si te ve? Más sufriré yo

si no te veo, conque, pena por pena, escoge entre la suya o la mía... ¡eso es!...

ANTONIO.—¡Calla, mujer! ¡Maldita siá!... Calla, que me vas a hacer que consienta y...

FELIPA.—¿Irías? *(Con alegría.)* ¿Irías, Antonio? Mira, si vas... *(Con entusiasmo.)* Si fueses, te... *(Se da un manotazo en la boca y se vuelve ruborizada.)*

ANTONIO.—*(Con pasión.)* ¿Qué?... ¿Si fuese, qué?

FELIPA.—¡Huy, que burrá iba a decir!...

ANTONIO.—Dila. ¿Qué... qué? *(Con ansia.)*

SEÑOR RAMÓN.—*(Saliendo.)* ¡Felip... agua! *(Con guasa, al verlos cogidos de la mano.)*

FELIPA.—*(Al señor Ramón.)* Ya vamos. *(A Antonio, muy bajito.)* ¿Irás?

ANTONIO.—*(Con decisión.)* Iré. *(Se separan.)*

FELIPA.—*(Yéndose a la casa, radiante de satisfacción.)* Ya lo sabía yo. *(Al Señor Ramón, al pasar por delante de él.)* ¡Va! *(Entra; y Antonio tras ella.)*

SEÑOR RAMÓN.—¡Es nuestro! Lo ha convencío. Esta chica es un tesoro escondido. Pa mí que es que usa un parpadeo que atortola. *(Vase a la guarnicionería.)*

ESCENA XI

INVITADOS que pasan. El CAFETERO, SEÑOR EUSEBIO; luego, REGINA. Va oscureciendo. Un FAROLERO enciende el farol de la esquina. Se iluminan los escaparates de las tiendas que se ven a lo lejos. Pasan invitados en grupos y entran en casa de ANTONIO. Cruza el foro un CAFETERO. En la orquesta, unos compases.

CAFETERO.—*(Pasando.)* ¡Café caliente!... ¡Café! *(Vase.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Sale segunda derecha.)* ¡Anda, *(Viendo entrar el último grupo en casa de Antonio)* ahí se conoce que van a tener la primera cuchipanda esta noche! ¡Pícaro mundo! En fin, encenderé los faroles del coche... ¡Si hubiá jus-

ticia! *(Viendo venir a Regina.)* ¿Quién viene?... ¡Contra, la Regina! *(Regina sale, va hasta la puerta de la taberna y mira dentro.)* Ella aquí, y los otros ahí dentro... ¡Se arma el primer cisco! ¡Quia! ¡Yo meto a ésta en el coche y me la llevo aunque sea a la rastra.

REGINA.—¡No está aquí! *(Deja de mirar en la taberna y se dirige a la guarnicionería, y al ir a llegar a la puerta la ataja el Señor Eusebio y la coge de un brazo.)*

SEÑOR EUSEBIO.—¡Eh, tú, jovencita!

REGINA.—*(Sorprendida.)* ¡Señó Eusebio!...

SEÑOR EUSEBIO.—Ven acá. ¿Qué vienes tú a hacer aquí, si se pué saber?

REGINA.—¿Yo?... ¡Na! Vengo a buscar a Antonio, porque tengo que hablar con él. Na más.

SEÑOR EUSEBIO.—¿Hablar con él?... Pus saca una tarjeta, dóblasela por el pico que más te guste, se la dejas en la taberna y arreas pa casa, que haces falta allí, anda.

REGINA.—Señó Eusebio, no se moleste usté, porque esto no tié remedio; yo, hasta que hable con Antonio, no me meneo de aquí ni arrastrá.

SEÑOR EUSEBIO.—Ah, ¿sí?...

REGINA.—Sí, señor. Estoy decidida.

SEÑOR EUSEBIO.—De manera que el juicio, el razocinio, el sentido común, y dispensa la expresión, porque le hacéis a uno decir disparates, y el aplomo que te distinguían, pa el trapero...

REGINA.—No. Si vengo tranquila; pero mu tranquila...

SEÑOR EUSEBIO.—¡Mentira! Tú viés aquí a dar un escándalo y a que pasen cosas que yo no quió que pasen, porque te quiero... ¡como una hija!... ¡so descastá!... ¿lo oyes?... ¡como una hija!... Conque vámonos...

REGINA.—¡Que no!

SEÑOR EUSEBIO.—Miá que te lo dice un agüelo que también ha tenío sus penas.

REGINA.—¡Que no!

SEÑOR EUSEBIO.—Miá que tengo sesenta años y sé muchas cosas... *(Con gran exaltación.)*

REGINA.—Y yo tengo dieciocho y no sé más que una, que no pueo vivir sin él... y me quedo. No batalle usté más.

SEÑOR EUSEBIO.—Regina, que estoy viendo que te se ha desalquilao la buhardilla... ¿No reflexionas que de ese arrastrao no vas a sacar na?

REGINA.—Lo he reflexionao tóo. Tóo, señó Eusebio. Sé que no me quiere, que me abandona, que me maltrata, pero así le quiero, y si fuese peor lo mismo le querría, porque le quiero de un modo que no me se importa que sea malo o bueno si es pa mí sola...

SEÑOR EUSEBIO.—¡El parosismo, vaya!

REGINA.—No sé.

SEÑOR EUSEBIO.—Pero así y tóo ven acá, dímelo a mí, ¿pa qué quiés quedarte?

REGINA.—¿Que pa qué? *(Exaltada.)* Pus quió quedarme porque sé que le va a dar a otra mujer un cariño que es mío, que me ha costao lágrimas de sangre y que me va a costar la vida. Quió quedarme, porque sé que pa contentar a otra mujer irá mañana a San Antón a afrentarme allí delante de mi misma casa, pa que tóo el mundo se ría de la pena que me mata; quió quedarme, porque yo, señó Eusebio, no quió verlo, no quió ver a Antonio que va mañana por otra como iba por mí, a caballo, ufano y satisfecho, pasando apresurao entre las filas apretás de gente, pa llegar pronto cerca de mis balcones y mirarme orgulloso, con un cariño, que me daban ganas de gritarle a tóo el mundo con el alma reventando de alegría: «¡Ese, ese hombre es mío!» Y eso, señó Eusebio, y eso, esas palabras que eran mi orgullo y mi gloria y mi vida, ésas, ésas no se las dice otra mujer mientras viva yo en el mundo. Por eso he venío; por eso me quedo. *(Pausa.)* Pa irme tengo que llevarme el alma en dos pedazos y dejarme la honra aquí tirá en metá la calle... ¡Ahora si tié usté valor dígame usté que me vaya!

SEÑOR EUSEBIO.—¡Regina!... ¡Quédate! *(Con extraordinaria energía. Vase segunda derecha, limpiándose los ojos con el dorso de la mano.)*

ESCENA XII

REGINA; luego, una NIÑA; después, FELIPA; por último, ANTONIO, SEÑOR RAMÓN, SEÑÁ LEONCIA y CONVIDADOS. Al final, el SEÑOR EUSEBIO.

Música.

REGINA.

¡Ay, que me encuentro más triste
y estoy más sola, que el día
en que me quedé sin madre
y ella sí que me quería!
¡Ay qué triste y qué sola estoy
madre mía!

ANTONIO.—*(Dentro. Se oye también puntear una guitarra y voces de jaleo.)*

¡Ay, ay, ay!

REGINA.

¡Esa es su voz!
¡Va a cantar!

ANTONIO.

¡Ay, ay, ay!

VOCES.—*(Dentro.)*

¡Ole ya!

ANTONIO.

Sombra le pedí a una fuente
y agua le pedí a un olivo,
que me ha puesto tu querer
que no sé lo que me digo.
(Bullicio y palmas dentro.)

REGINA.

Es un puñal
esa canción;

rasgando está
mi corazón.
(Se repiten dentro las palmas y el jaleo. De pronto, con decisión, dice Regina.)
Basta de dudas y de tormentos.
Ya estoy resuelta, resuelta a too
si no son míos sus pensamientos
y si no es mío su corazón,
si es que ya me olvida
por otra mujer,
que me lo diga en mi cara
y que me hiera su mano
ya que me muero por él.
(Sale una Niña con una botella en la mano de la casa primera derecha y se dirige a la taberna. Regina le ataja el paso, después de hacer una pausa de reflexión al verla.)
Oye, Rosario.

NIÑA.
¿Qué quiés, Regina?

REGINA.
Que entres ahí dentro, hazme el favor,
y dile a Antonio que salga pronto,
que yo aquí fuera le espero.

NIÑA.
Voy.
(Se dirige la Niña a la casa cuando dentro, entre bullicio y palmas, se dispone uno a cantar.)

CANTADOR.
Si en la vida no...
(Entra la Niña.)

ANTONIO.—*(Al que canta.)*
¡Calla!
(Se hace silencio dentro.)

REGINA.

¡Ya se lo está diciendo!
Se callan. ¡Virgen mía!
Oigo pasos, se acerca...
(Regina está colocada oyendo junto al quicio de la puerta.)
¡El es, por fin! ¡Felipa!
(Asombrada viendo salir a Felipa. La Niña sale detrás y se va a la taberna.)

FELIPA.—*(Con sorna.)*

Buenas noches.

REGINA.—*(Con serenidad.)*

¿Estabas ahí?

FELIPA.

Vengo a ver qué quieres.

REGINA.

No te busco a ti.

FELIPA.—*(Riendo.)*

¿No esperabas tú
que saliera yo?

REGINA.

Si le espero a él,
claro está que no.

FELIPA.

Pues ahora está ocupao
y sin ganas de salir,
y me encarga que me digas
lo que tengas que decir.

REGINA.

¿A ti?

FELIPA.

A mí.

REGINA.

Puede que sea
mejor así.

Oye, Felipa, tú no le quieres.
Ese o el otro, ¿qué más te da?
Si él te se marcha
tú no te mueres.
Yo sí me muero
si él se me va.

FELIPA.

Oye, Regina,
si tú le quieres
cambia de ideas,
vuélvete atrás;
que estos asuntos
entre mujeres
no tien arreglo
nunca jamás.

REGINA.

No seas la causa
de mi perdición.

FELIPA.

Nada ganarías
con mi compasión.

REGINA.—*(Con decisión.)*
Pues basta ya.

FELIPA.

¿Qué vas a hacer?

REGINA.

A verlo vas.
Todo por él.
(Se acerca a la casa.)
Antonio, sal.
(Le llama, después de abrir estrepitosamente la puerta con gran energía.)

FELIPA.—*(Con decisión.)*
¡No sale!

REGINA.

¡Sí!
(Con mayor energía desde la puerta.)

¡Antonio, sal
o entro por ti!

(Antonio sale empujándola. Lleva la guitarra en la mano, llena de cintas de colores. Sale colérico y nervioso. Le siguen en tropel todos los convidados.)

ANTONIO.

Vaya, ¿qué quieres?
¡Ya estoy aquí!

MUJERES.

Ya están los dos frente a frente,
a ver lo que va a pasar.

HOMBRES.

Me paece que va a ver bronca,
y va a ser de las sonás.

REGINA.—*(A Antonio.)*

Dicen que ya no me quieres
a mí, que tanto te quiero,
y dicen que me abandonas,
y digo que no lo creo.
Y como que yo
no puedo vivir
sin que vivas tú
sólo para mí,
vengo a que todos se desengañen,
aunque me cueste luego morir;
vengo a arrancarte de entre sus manos.
¡Quiero lo mío! ¡Vengo por ti!

FELIPA.

¿Y por qué es tuyo,
vamos a ver?

SEÑOR RAMÓN.

¡Miá tú que tiene
desfachatez!

REGINA.

¡Antonio, por el querer
que nos tenemos los dos,

diles que eres mío,
dilo ya por Dios!

FELIPA.

¡Dilo si te atreves
estando aquí yo!

ANTONIO.

Digo...

LAS DOS.

¿Qué?

ANTONIO.

Digo que me dejes,
que vayas con Dios,
porque ya no hay nada,
nada entre los dos.

REGINA.—*(Con desesperación.)*
¡Dios mío!

FELIPA.

Gracias, Antonio.

ANTONIO.

¡Ese soy yo!

SEÑOR RAMÓN.

Ea, señores,
basta de gresca.
vamos adentro,
siga la fiesta.

CORO.

¡Cómo se marcha!
¡Cómo la deja!
¡Miá tú que tiene
poca vergüenza!
(Entran todos. Regina queda en la calle sollozando. Antonio es el último que entra.)

REGINA.

¡Antonio de mi alma!
(Va hacia él. Antonio entra y cierra.)
¡No me dejes así!
¡Antonio de mi vida,
qué va a ser ya de mí!
¡Antonio, Antonio mío,

ven, que quiero morir
ahogada entre tus brazos
y moriré feliz!
¡Ay, que me encuentro más triste
y estoy más sola que el día
en que me quedé sin madre,
y ella sí que me quería!
¡Ay, qué sola, qué sola que estoy,
madre mía!
(Dice estas últimas palabras con un desfallecimiento mortal, y al ir a desplomarse, el señor Eusebio, que ha salido, se acerca a ella y la recoge en sus brazos.)

SEÑOR EUSEBIO.
¡Regina!

REGINA.
¡Me muero!

SEÑOR EUSEBIO.
¡Recontra! ¿Lo ves?
(Mirando a la casa con indignación.)
Mal rayo a los hombres que matan
a una pobre mujer.
(Se la lleva apoyada en su hombro.)

ANTONIO.—*(Dentro de la casa.)*
El tiempo con el querer
hicieron una contrata,
y lo que el querer compone
el tiempo lo desbarata.
(Jaleo dentro.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Una calle de los barrios bajos de Madrid. Es de día.

ESCENA PRIMERA

El TULIPA y el MANGAS, por la izquierda.

Hablado.

TULIPA.—*(Con desesperación.)* ¿Pero es posible? Mangas, ¿qué dices? Cuenta, cuéntamelo tóo, quió saberlo tóo.

MANGAS.—¡Por Dios, Tulipa, reflexiona, ten cachaza!

TULIPA.—Habla, relata lo que sea sin emitir ni una frase... ¡lo quió saber tóo! ¡tóo!

MANGAS.—Pus, chico, la verdad: te fuiste a torear con el Pipitaña ayer hizo tres meses..., pues güeno; al día siguiente de tu partida la Felipa ya tenía relaciones, vulgo amores, con Antonio el guarnicionero.

TULIPA.—¡Con otro! ¡Ella con otro hombre! Mangas, esa mujer me ha matao... y yo no lo aguanto, vaya. Yo me suicidio... que me suicidio.

MANGAS.—Quita, primo. No seas pipi y hazme caso a mí que soy un ser reflexivo con párpado y algo de silabeo. Yo, Tulipa, como sabes, he tenido seis meses puesto de libros orilla la taberna del Bocas, y me he bebido los libros... de tanto leer; pus güeno; yo, que he leído desde libros de texto, como «Siete semanas en burro», hasta la novela de costumbres recreativas, como «María, u la hija de un jornalero», te digo que tú no debes matarte, renunciando a un porvenir tan halagüeño como el

que te espera, puesto que a tu edad has toreado dos veces en Madrid, siendo en ambas sacado en hombros y acompañado por el público hasta tu casa... de socorro.

TULIPA.—Sí, tóo eso es verdad; pero ¿qué quiés que haga?

MANGAS.—Tulipa, la juventuz es nefasta. María, u la hija de dicho jornalero, página catorce, y, por lo tanto, creo que debes hablar con la Felipa momentos antes de hacerte la pupa.

TULIPA.—¿Pa qué?

MANGAS.—Pa que no te pase lo que a Rigoberto el potragonista del segundo tomo de «La esposa mártir», que se subió a una peña desesperao por el abandono en que le tenía su novia, y cuando ya se había amarrao a los pieses un saco lleno de piedras y se iba a arrojar a un precipicio, va y viene Amanda, la novia, con el pelo suelto, y le grita: «No te arrojes, Rigoberto, que tóo ha sido por una mala voluntaz de mi tutor...» Rigoberto grita: «¡Ya es tarde!...» ¡Considera la angustia de Amanda viendo que el saco iba a arrastrar a su novio!...

TULIPA.—¿Y no le arrastró?

MANGAS.—No le arrastró, porque a Rigoberto se le había olvidao meter las piedras en el saco, que si no, carcúlate tú dónde está a estas horas.

TULIPA.—Oye tú, si no me suicidio me tiés que dejar ese libro, que me gusta...

MANGAS.—Si no lo vendes, güeno; porque tú eres un fresco pa las novelas de costumbres..., por eso te digo que no te ofusques.

TULIPA.—¡Si es que yo no pueo vivir sin ella..., que yo me suicidio..., que yo no lo aguanto!...

MANGAS.—Tulipa, no hagas burrás.

TULIPA.—¡Que sí! Tú no me conoces; yo me compro catorce cajas de cerillas ahora mismo, me las deshago en un vaso de aguardiente, voy, la mato, y luego me bebo el contenido.

MANGAS.—Tulipa..., ¡por Dios!

TULIPA.—¡Que lo hago!

MANGAS.—Pues si lo has de hacer, no te pido

más que una cosa; que cuando te compres las catorce cajas me guardes las estampas, que hago colección.

TULIPA.—No te pitorrees, Mangas, que el caso no es pa ello.

MANGAS.—Que no me pitorree... ¡Estoy por decirte más!... Si quieres, nos suicidiamos a medias; tú te tomas las cerillas y yo el aguardiente; así como así la vida es un sendero...

TULIPA.—U si no... ¡calla!

MANGAS.—¿Qué?

TULIPA.—Una cosa mejor que se me ha ocurrido. Yo tengo seis reales...

MANGAS.—¿Seis reales, y te lo callabas?

TULIPA.—Tenemos pa dos raciones de judías y una botella de vino.

MANGAS.—No vas mal.

TULIPA.—Sobran cuarenta céntimos; pues bien, los cogemos...

MANGAS.—¿Y pa cerillas?

TULIPA.—¡Quiá, hombre, pa tabaco!

MANGAS.—¿Y las cerillas?

TULIPA.—¡Pedimos lumbre!

MANGAS.—¿Pero ya no te matas?...

TULIPA.—Sí, pero verás; nos vamos en seguida a la calle de Hortaleza, y después de hablar con la Felipa, cojo al señor Ramón, y le digo: «U me fía usté pa too el resto de lo que me quea de vida, u le cuento a Antonio la historia de la Felipa con grabaos en el texto.»

MANGAS.—¡Superior!... Pero ¿y si no te fía y encima te esloma?

TULIPA.—Entonces me hago un saco como el de Rigoberto, me lo lleno de piedras...

MANGAS.—¿Y te arrojas al estanque?

TULIPA.—No faltarán sitios... Ahora... ¡A la calle de Hortaleza!

MANGAS.—¡Andando! ¡Eres... que ni el vengador de sí mismo! *(Vanse izquierda.)*

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Final de una calle que va a desembocar en la de Hortaleza, que atraviesa el fondo en línea diagonal, con el fin de que ofrezca alguna perspectiva. Es la tarde en que se celebra en dicha calle la fiesta de San Antón, cuya iglesia se ve próxima en el telón de foro, escuchándose cercano el sonido alegre de las campanas. Los balcones de todas las casas están engalanadas con colgaduras de diversos colores. En la calle gran concurrencia, que la transita con animación extraordinaria. Una multitud apiñada, de espaldas al público, obstruye la entrada de la calle. Puestos de juguetes, dulces, frutas y panecillos del Santo por las aceras. A la izquierda de la calle, que representa la escena, la puerta de una taberna, practicable, y sobre la puerta dos balcones de un mismo cuarto entresuelo, practicables también. A la derecha una farmacia con puerta practicable. A la puerta de la taberna taburetes, en los que se verán subidas algunas personas. En el resto de los comercios que se vean, sillas para el mismo oficio. De cuando en cuando, sobre las cabezas de la multitud bulliciosa que vocea, se ven pasar animados grupos de jinetes jaleando a los curiosos. Escúchase entre el vocerío el tintinear de los cascabeles y cencerrillos de los collares. Vida, luz y alegría extraordinaria en el cuadro (1).

ESCENA PRIMERA

Música.

Al levantarse el telón, la multitud, en la disposición indicada, bulle y se agita. Suenan próximas las campanas de

(1) Se advierte a los directores de escena que en los escenarios que por sus dimensiones no permitan la salida de caballos deben suplir el efecto de la aparición de éstos colocando a la gente de manera que al vocear haga suponer al público que los ve pasar por una calle inmediata. Esta indicación no puede referirse a la figura de Antonio, que ha de aparecer a caballo forzosamente.

la iglesia. Los VENDEDORES vocean las mercancías siguientes: «¡Torraos y avellanas, torraos!» Otro: «Tiernos de canela, tiernos!» Otro: «¡Cocos de América, cocos!» Otro: «¡Panecillos del Santo!» Otro: «¡El bonito juguete para un niño!» La música acentuará las notas salientes del cuadro. Siguen las voces. Cesa la música.

ESCENA II

FELIPA, SEÑÁ LEONCIA, AMIGAS 1.ª y 2.ª, la SEÑÁ PEPA, COSME; luego, el SEÑOR RAMÓN. La FELIPA y las AMIGAS 1.ª y 2.ª están en la calle, entre la gente, viendo pasar los jinetes. La SEÑÁ LEONCIA, la SEÑÁ PEPA y COSME en otro grupo más atrás. Al acabarse la música, la FELIPA y las AMIGAS vienen hacia la batería.

Hablado.

SEÑÁ PEPA.—*(A la Señá Leoncia.)* ¡Misté que el disgusto que nos dió anoche esa golfa!

SEÑÁ LEONCIA.—¡Si le digo a usté, señá Pepa, que hay ca pingo!...

SEÑÁ PEPA.—A mí me hizo daño el cabrito.

COSME.—Toma, y a mí, porque a uno le dan lacha ciertas cosas...

SEÑÁ LEONCIA.—Y además estaba ahumao.

COSME.—Eso también pué que fuese.

AMIGA 1.ª—¿Y tú crees que Antonio vendrá?

AMIGA 2.ª—¿No te hará birria?...

FELIPA.—Primero que él faltaría el sol, y ya ves qué tarde tan despejá. La que no va a venir va a ser la... fulana esa... ¡ya lo veréis!... y lo sentiré... *(Sale el Señor Ramón despavorido corriendo.)*

SEÑOR RAMÓN.—¡Rediez! ¡Venir! ¡María Santísima!

SEÑÁ LEONCIA.—¿Pero qué te pasa?

FELIPA.—¿Qué tié usté?

SEÑOR RAMÓN.—¡Lo que me he encontrao! ¿Quién diréis que viene pa acá?

SEÑÁ LEONCIA.—¿Quién?
SEÑOR RAMÓN.—El Tulipa con el Mangas.
SEÑÁ LEONCIA.—¿Ese golfo?
FELIPA.—¡Maldita siá! *(Muy contrariada.)*
SEÑÁ LEONCIA.—¿Pero no estaba fuera?
SEÑOR RAMÓN.—Se conoce que ha regresao. Y sus advierto que viene a armarla.
SEÑÁ LEONCIA.—Ese nos da la tarde.
SEÑOR RAMÓN.—De seguro; porque así de que me ha visto, me ha dicho: «¡Adiós, pollito, ahora vamos!»
COSME.—¡Mialos ahí!
SEÑÁ LEONCIA.—Pues a ver cómo los echas.
FELIPA.—A palos aunque sea.
SEÑOR RAMÓN.—Vosotras subir a casa, que yo aquí me quedo pa echarlos.
AMIGA 1.ª—Mejor será.
AMIGA 2.ª—¡Miá que si viene Antonio!...
FELIPA.—¡Mala peste!... *(Entran en la taberna todos.)*

ESCENA III

El TULIPA y el MANGAS; luego, FELIPA, AMIGAS 1.ª y 2.ª, en el primer balcón; SEÑÁ LEONCIA, SEÑÁ PEPA y COSME, en el segundo; SEÑOR RAMÓN, en la puerta de la taberna.

TULIPA.—Yo molesto a estos señores.
MANGAS.—Güeno, pero con finura, ¿eh?
TULIPA.—Verás. Ni un pollo del Veloz Clus.
MANGAS.—¡Huy, miá qué hallazgo! *(Señalando al Señor Ramón.)*
TULIPA.—¡El señor Ramón!... ¡Adiós, pollito!
SEÑOR RAMÓN.—*(Furioso.)* ¿A qué venís vosotros aquí?
TULIPA.—¿Nosotros?... A traerle a usté la cebá.
SEÑOR RAMÓN.—¿A mí?... Vaya, ahora mismo ahuecáis, u... *(Los amenaza.)*
LOS DOS.—¡Huy, qué miedo!
SEÑOR RAMÓN.—*(Cogiendo al Tulipa por un bra-*

zo y zarandeándole.) ¿Qué te has propuesto tú, dilo?...

TULIPA.—Si me pega usté, lloro.

SEÑOR RAMÓN.—¿Quiés ver cómo te parto la cabeza de un palo, so granuja?

TULIPA.—¿A mí?

SEÑOR RAMÓN.—Sí, señor, a ti. *(Más furioso cada vez. Tulipa de repente se echa a llorar como los niños pequeños.)* ¡Rediez! ¿Es que te pitorreas?

MANGAS.—Cómprele usté una pelota, si no no calla.

SEÑOR RAMÓN.—*(Se dirige amenazador al Mangas.)* Y a ti te saco las muelas, boceras.

MANGAS.—¿A mí? *(Rompe a llorar como el Tulipa.)*

SEÑOR RAMÓN.—¡Pero, recontra, sus burláis! ¿Qué creéis que soy yo, so golfos?

TULIPA.—*(En serio, al Mangas.)* ¿Se lo decimos?

MANGAS.—Díselo en secreto.

TULIPA.—*(Arrimándose al oído del Señor Ramón y chillando.)* Pus usté es un granuja, y un indecente y un sucio.

SEÑOR RAMÓN.—¿Hablas en serio?

TULIPA.—Y me juego dos perras gordas a que no viene usté por su pie a darse dos puñalás conmigo al aire libre.

SEÑOR RAMÓN.—¿Que no?... *(Mete mano al bolsillo.)*

TULIPA.—Misté que traigo la de diario... *(Saca una navaja y la abre recatadamente, para que la vea sólo el Señor Ramón.)*

MANGAS.—Y yo la de los domingos. *(Saca una navaja grandísima y la abre lo mismo que el Tulipa, guardándosela en seguida.)*

SEÑOR RAMÓN.—¡Ah! ¿Es esta manera de portarse con un amigo?... ¡Mialas! Si sus vuelvo a fiar una copa en mi existencia...

MANGAS.—Y a la Felipa la dice usté que cuente con el ajetivo más feo que se conoce.

TULIPA.—Y nos vamos, porque al lao de usté no se pué estar más que un rato; pero volveremos.

(Dándole un golpecito en el hombro y diciéndole al oído muy bajito.) ¡So nítido!

MANGAS.—*(Hace lo mismo.)* ¡Morral!

SEÑOR RAMÓN.—¿Y luego quedréis que os salude? *(Se dirige hacia su casa.)*

MANGAS.—¡Chis! Recójase usté la falda, que hay barro. *(Vanse riendo.)*

SEÑOR RAMÓN.—¡Indecentes! *(Entra en la taberna, vuelve a salir, mira a todos lados, y dice, dirigiéndose al balcón.)* ¡Chis! Asomarse, que ya los he echao. *(Se asoman.)*

SEÑÁ LEONCIA.—*(Desde el balcón.)* ¿Has lisiao a alguno?

SEÑOR RAMÓN.—Déjalos, que van buenos. *(Entra en la taberna.)*

ESCENA IV

DICHOS; luego, ANTONIO, montado en una jaca lujosamente enjaezada; después, REGINA, SEÑOR EUSEBIO y SEÑÁ JENARA.

FELIPA.—¡Gracias a Dios que se han ido!... ¡Pues si Antonio los encuentra aquí!...

AMIGA 1.ª—¡Y miá qué a punto!... Por allí viene Antonio... Digo, yo creo que es él.

FELIPA.—¡Ay, a verlo! *(Se inclina violentamente en el balcón.)*

AMIGA 2.ª—Sí, mialo.

FELIPA.—Sí, él es. Tié palabra.

AMIGA 1.ª—Te has salío con la tuya.

FELIPA.—Lo que siento es que la Regina no esté ahí, pa que lo vea.

SEÑÁ LEONCIA.—*(A Felipa.)* Ahí lo tienes. *(Sonriente.)*

FELIPA.—Ya lo hemos visto.

ANTONIO.—*(Viene por la derecha; la gente se separa para dejarle paso, con un murmullo de admiración. Antonio adelanta, quedando frente al balcón en mitad de la escena.)* ¡Buenas tardes!

TODAS.—¡Muy buenas!

COSME.—¡Olé los mocitos de palabra!

GRUPO DE HOMBRES.—*(En la puerta de la taberna.)* ¡Muy bien, muy bien!

ANTONIO.—*(Sonriendo.)* ¡Gracias, señores! *(A Felipa.)* ¡Aquí me tienes!

FELIPA.—¡Gracias a Dios!... Estaba apurá creyendo que no te dejarían llegar.

SEÑÁ LEONCIA.—¿No te han matao en el camino?

ANTONIO.—No hay quien pueda conmigo.

SEÑÁ LEONCIA.—Ya nos lo figurábamos.

ANTONIO.—¡Conque aquí me tiés, Felipa! Yo he cumplido lo mío..., a ver lo tuyo. Necesito esas copas, que por ellas vengo.

FELIPA.—Ahora bajo; y que voy a dártelas con el alma y la vida. *(Se entra del balcón.)*

SEÑÁ LEONCIA.—Oye, Antonio, y que te las mereces de Cariñena.

ANTONIO.—Gracias, señá Leoncia; pero no es pa tanto.

SEÑOR RAMÓN.—*(Sale descorchando una botella.)* ¡Olé los buenos mozos! ¡Así se cumple!

ANTONIO.—¡Adiós, señor Ramón!

FELIPA.—*(Que ha salido llevando en la bandejita un vaso.)* Eche usté, que quió yo servir a un hombre.

UNO.—¡Olé!

SEÑOR RAMÓN.—*(Llenando el vaso.)* ¡Ahí va la flor de la canela! ¡Canela fina! *(Pausa.)*

FELIPA.—*(Da un paso hacia Antonio y se detiene, diciendo en tono burlón y de fingido miedo.)* Oye, pero tengo miedo de llevarte la copa... ¿Te la dejarán beber? *(Todos se ríen.)*

SEÑÁ LEONCIA.—*(Desde el balcón, riéndose.)* ¡Qué chica esta!

ANTONIO.—Vamos, guasona... Si tú me la das, ¿quién va a impedir que me la beba? *(Con la rapidez del rayo, atropellando a la gente y separándola a empujones, aparece Regina en actitud descompuesta.)*

REGINA.—*(Con fiereza y bravura.)* ¡Yo!

TODOS.—¡Ah! *(Asombro y estupefacción.)*

ANTONIO.—¡Regina!

FELIPA.—¡Ella!

REGINA.—¡Sí, yo! ¡Yo lo impido! *(Se interpone entre Felipa, que retrocede, y Antonio, que queda asombrado, y sujeta del diestro la jaca de Antonio. Regina sale seguida de Señor Eusebio y la Señá Jenara. La gente la sigue y la rodea. La atención de cuantos están en escena queda circunscrita ya a los acontecimientos que se desarrollan en la misma.)*

SEÑOR EUSEBIO.—Rarezas que la dan.

ANTONIO.—Y tú, ¿por qué vienes aquí?...

REGINA.—*(Fingiendo serenidad.)* Porque no quió que bebas ese vino; ¡podía hacerte daño!

SEÑOR EUSEBIO.—¡Tié fuchina!

ANTONIO.—*(Con energía.)* Regina, aparta.

REGINA.—*(Sin soltar el caballo.)* ¡Ni muerta!

ANTONIO.—*(A Felipa, con furia.)* ¡Trae esa copa!

FELIPA.—*(A Regina, queriendo llegar a Antonio.)* ¡Quita de alante!

REGINA.—¡He dicho que no! ¡No se la bebe! *(Enfurecida da un puñetazo a la bandeja y tira la copa. Felipa retrocede asustada.)*

TODOS.—*(Contra Regina.)* ¡Fuera! ¡Fuera ésa! ¡Guardias! ¡Que se la lleven! *(Al hacer todos un movimiento de avance contra Regina, Señor Eusebio adelanta blandiendo una estaca exageradamente gruesa y los detiene.)*

SEÑOR EUSEBIO.—Al primero que se menee le doy un recao. *(Amenazándolos.)* ¡Tú! *(A Regina.)* ¡Prosigue! *(Mirando el vino caído.)* ¡Lástima e vino!

REGINA.—*(A Antonio.)* Y tú... *(Con imperio, cogida de una mano la rienda del caballo y señalándole con la otra el camino.)*, ¡fuera..., largo..., vete de aquí... pa siempre!... Y óyelo bien: pa mí, no; pero pa ésa, ¡nunca!

FELIPA.—¿Quién lo ha dicho?

REGINA.—¡Yo!

ANTONIO.—¡Vaya, se acabó! ¡Tú, Regina, aparta de ahí!

REGINA.—¡Vete!...

ANTONIO.—¡Suelta el caballo!

REGINA.—¡No quiero!

ANTONIO.—Suelta, suelta, o... *(Enfurecido levanta el látigo para descargarlo sobre Regina, que retrocede asustada.)*

REGINA.—¡Ay!

TODOS.—¡Ah! *(Gritos, voces, alboroto.)*

SEÑOR EUSEBIO.—¡Cobarde! *(Silencio general.)* ¡Gallina! *(Abalanzándose indignado a Antonio.)* ¡Eso harás tú! ¡Pegarle a una mujer!

ANTONIO.—¡Y a usté, so morral!

SEÑOR EUSEBIO.—*(Furioso.)* ¿A mí?

ANTONIO.—¡Sí, señor! *(Le da un latigazo.)*

TODOS.—¡Ay! *(Gritos, voces, confusión.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Al sentirse herido.)* ¡Rediez, le mato!

SEÑÁ JENARA.—¡Charrán, ladrón, infame! *(En el colmo de la indignación, Señor Eusebio echa mano al bolsillo y saca una navaja. Antonio vuelve el caballo rápidamente y desaparece por la derecha. Alguna gente le sigue, increpándole.)*

REGINA.—*(Loca de furor, luchando con el Señor Eusebio, hasta que le quita la navaja.)* ¡No, démela usté, que quiero ser yo..., yo... la que lo mate! *(Al quitarle la navaja e ir por el sitio por donde Antonio ha desaparecido, se oye dentro un «¡Ay!» de espanto y un griterío infernal. Regina se detiene aterrada. La gente corre por la calle. Otros grupos miran hacia el sitio por donde se fué Antonio, hablando con agitación.)*

SEÑOR RAMÓN.—¿Qué es? ¿Qué pasa?

SEÑÁ LEONCIA.—*(Desde el balcón.)* ¡El, él herido!

FELIPA.—*(Con angustia, mirando al balcón.)* Pero ¿quién?

COSME.—Antonio, que se ha resbalao el caballo y se ha caído.

AMIGA 1.ª—Aquí lo traen.

AMIGA 2.ª—Se ha matao. *(Bajan a la calle los del balcón. Sacan a Antonio descompuesto, sucio de tierra y pálido; en la frente se le ven unas gotas de sangre.)*

REGINA.—*(Con angustia.)* ¡Antonio! *(Tira la na-*

vaja, corriendo hacia Antonio como loca.) ¡Ay santo Dios! ¡Antonio de mi alma! ¿Qué es? ¿Qué tienes? ¡Habla, Antonio! *(El Guardia y un hombre que traen a Antonio apoyado en ellos, le sientan en una silla a la puerta de la farmacia. Regina le abraza.)*

BOTICARIO.—*(Reconociendo a Antonio.)* ¡Apártese usté, señora!...

FELIPA.—¡Ay! Pero ¿qué es?

SEÑÁ LEONCIA Y AMIGAS 1.ª Y 2.ª.—*(Al mismo tiempo.)* ¡A ver, a ver! *(Queriendo acercarse a Antonio.)*

REGINA.—*(Airada, dirigiéndose a ellas.)* ¡Fuera!

SEÑÁ LEONCIA.—¡Echar a ésa!

FELIPA.—¡Quita! *(A Regina, queriendo apartarla.)*

REGINA.—*(Loca de furor.)* ¡Fuera he dicho! ¡La que se arrime la deshago. *(En tono amargo y valiente.)* ¡Sus fiestas, su lujo, su dinero eran pa ustés; su sangre es pa mi sola! *(El Boticario, el Guardia, Señor Eusebio y varios hombres rodean a Antonio, curándole, mientras las anteriores palabras. Cuando Antonio se las oye pronunciar a Regina, se levanta trabajosamente.)*

ANTONIO.—¡Regina!

REGINA.—*(Abrazándole y llorando.)* ¡Sí, pa mí! ¡Ven a quitármelo si tiés corazón! *(A Felipa, exaltadísima.)*

ANTONIO.—¡Regina, por Dios!

REGINA.—¡Sí, Antonio, por Dios! Eso digo yo. ¡Pa mí sola!

SEÑOR EUSEBIO.—Pero ¿no te se parte el alma?

ANTONIO.—¡Sí, señor! ¡Pa ti, Regina; pa ti solo! *(Abrazándola.)* ¡Estaba de Dios! *(Esto último a Felipa.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(En el colmo del entusiasmo.)* ¡Ole con ole, y con ole y con ole! *(Da saltos de alegría.)*

SEÑÁ JENARA.—Pero cállate, hombre. *(Tapándole la boca. Señor Eusebio sigue diciendo «¡Ole!» con la boca tapada.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(A Antonio.)* Te perdono lo de los grillos.

SEÑOR RAMÓN.—*(A Felipa.)* ¡Ay su madre! ¿Pero estás viendo?

FELIPA.—¡Charrán! ¡Buen provecho! *(Hace un gesto despreciativo y se va.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Con sorna.)* ¿Usté gusta? *(Señalando al grupo de Antonio y Regina.)*

SEÑÁ LEONCIA.—*(A Señor Ramón, indignada.)* ¡Mátalo! *(Vase a la taberna. Señá Jenara entra detrás.)*

SEÑOR RAMÓN.—*(Con decisión.)* ¡Voy! *(Dirigiéndose a Antonio.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Cortándole el paso.)* ¡Que doy el recao! *(Enarbola el palo.)*

SEÑOR RAMÓN.—*(Deteniéndose.)* Voy a decirle una cosa na más. *(A Antonio, con solemnidad.)* No cuentes con mi saludo.

SEÑOR EUSEBIO.—¡Adiós, Vega Armijo!

SEÑOR RAMÓN.—Ni usté tampoco.

SEÑOR EUSEBIO.—*(Al Boticario.)* Y total, ¿qué tié éste?

BOTICARIO.—Nada. Una ligera contusión. Un poco de árnica y basta.

REGINA.—¡Yo le curaré!

SEÑOR EUSEBIO.—Le pones una venda.

ANTONIO.—*(Con viveza.)* ¡No! Me se ha caído la que tenía delante de los ojos y no quió más vendas. ¡Regina, estaba loco; no sabía cómo me querías!... Olvídalo too... Ahora ya a tu lao.

REGINA.—¿Pa siempre?

ANTONIO.—¡Pa toa mi vida!

SEÑOR EUSEBIO.—¡Pa seculorum! *(Bendiciéndolos. Se oye un griterío infernal en la taberna.)*

TODOS.—¿Qué es?

SEÑOR EUSEBIO.—*(Adelantándose.)* ¿Qué pasa?

SEÑÁ JENARA.—*(Sale triunfante con una trenza de pelo en la mano.)* ¡Na, no es na! ¡El añadido! ¡Aquí lo tienes! ¡Si no se lo arranco, reviento! *(Se ríen todos.)*

SEÑOR EUSEBIO.—*(Cogiendo la trenza.)*
¡Ya están vengaos los agüelos!
(Levanta la trenza con solemnidad.)
¡No hay dos como tú, Jenara!
(Al público.)
Y aquí termina el sainete;
perdonad sus muchas faltas.
(Música. Telón.)

FIN DE
«LA FIESTA DE SAN ANTÓN»